La espuma de los días

Trenes en que cruzábamos la noche

José de la Colina

Mil novecientos treinta y siete. La incivil Guerra Civil española ardía ya desde hacía un año y mientras mi padre combatía por la República en el frente de Santander, el gobierno, previendo que la ciudad no tardaría en caer bajo las tropas franquistas, y que estas ejercerían represalias, nos envió a algunas familias republicanas hacia Francia y/o Bélgica. Así, mi madre y sus dos hijos, Raúl de dos años y yo de tres, nos iniciábamos en el exilio.

Durante ese tiempo, de 1937 a 1938, los tres estaríamos viajando continuamente en trenes… o al menos eso quiere la memoria, haciendo de tantos viajes uno solo. Éramos un trío ferroviariamente errante a través de ciudades y pueblos desconocidos, de paisajes campestres o urbanos de Francia y de Bélgica. Viajábamos a través de invierno y noche y el archipiélago de las estaciones del *chemin de fer* en las que el convoy iba deteniéndose por unos minutos. Y en la cafetería de una de las estaciones, mientras esperábamos el enésimo trasbordo, o la vuelta al mismo convoy, vi lo inusitado, lo increíble, lo que me reveló oscuramente cuánto habían cambiado nuestras vidas, lo perdidos que estábamos en el mundo y (como más tarde habría de saber) también en la Historia.

Fue el gesto furtivo de mi madre: la delgada mano friolenta saliendo de la manga oscura y cayendo sobre la azucarera para tomar en un puñado casi todos los terroncitos blancos que luego guardó en un bolsillo profundo del abrigo. Un gesto que yo veía sin creerlo, pues no podía siquiera haberlo imaginado: ¡mi madre *robando*!, haciendo algo muy malo, ya que lo hacía a escondidas. Y me extrañó aún más la sonrisita cómplice con la que re-

Raúl y José de la Colina con su madre

conocía haberse dado cuenta de que yo me había dado cuenta.

Luego ella, en el compartimento del tren en marcha, nos ofreció los terroncitos de azúcar y, friolenta, se apelotonó contra el asiento junto a la ventanilla mientras Raúl y yo masticábamos esa modesta golosina y yo le cuchicheaba a mi hermano lo que había visto: el sorpresivo gesto de mamá, el gesto furtivo y quizá delincuente, y sofocábamos risas los dos. ¿Risas? Sí, pues éramos demasiado chicos para entender la tragedia ¡nada menos que histórica! en que vivíamos, y gozábamos aquellos episodios como momentos de una gran aventura. Habíamos comenzado la verdadera iniciación en el Mundo, es decir —y pese a nuestra ninguna importancia— en un drama de la Historia (aunque, la historia acaso sea el Drama). Y disfrutábamos el traqueteo y bamboleo del tren, sus telescopiados pasillos, sus incontables compartimentos, sus ventanas al paisaje que venía de adelante y huía hacia atrás, y el pasar o el detenerse ante las estaciones encendidas interiormente en la noche, grises en el alba, oscuras contra los anocheceres; y las figuras, los rostros, los no sabidos nombres de los otros pasajeros dentro del convoy y de la gente vista velozmente en el fluir de los andenes. Y en esa sucesión de viajes quizá circulares y repetidos, de una ciudad a otra y otra y otra, en todo ese vertiginoso pasar de campos, de árboles, de las figuras de los gendarmes y de los inspectores del tren y de los hombres y mujeres de los andenes, todo observado, admirado, temido tras los cristales de las ventanillas, e inquietos o divertidos estábamos descubriendo la vastedad, la variedad, la muchedumbre y el vértigo del mundo, y entre las voces llegadas de tantos rostros indistintos, como en una pesadilla, surgía la misma voz impersonal que amenazaba con disolver el esplendor de la aventura con aquella rutinaria frase: *Les papiers, s'il vous plaît;* y así, entre algunas chirriantes y resoplantes detenciones del convoy intuíamos que ya no estábamos en nuestra tierra, que estábamos en el extraño y temible pero pese a todo fascinante mundo, el cual, por mucho que por él viajes, nunca dejará de tener una esencial extrañeza.

En aquellos días difíciles (como suelen ser todos los días, en modo mundial, o en modo íntimo, o en ambos modos) tuve mis primeras experiencias de viajero. Y aunque luego, a lo largo de la vida, tendría muchos más viajes, en tren o en barco o en avión, o meramente a pie (pues un paseo es un viaje, es ir más allá de casa), no creo haber vivido más intensamente en el gozo y en la inquietud que en aquellos días que los años no han desdibujado del todo. **u**